

T.



¡A LOS MÁRTIRES DE LA TRADICIÓN

10 de Marzo de 1911



Ollu
 Rada
 Francech
 Ulibarri
 Lazano
 Garcia
 Andechaga
 Sabriegos
 Caro

LA BANDERA REGIONAL

SEMENARIO TRADICIONALISTA

ADMINISTRACIÓN:

Calle de Aragón, núm. 252 - (Junto á la Rambla de Cataluña)

DESPACHO: De 9 á 12 y de 3 á 7

SUSCRIPCIÓN:

Un año. 6 Ptas. ♦ Seis meses. 3 Ptas.

Cada número, 10 céntimos

Tip. Lit. Fiol y C.^a - Pasaje San José

NÚMERO EXTRAORDINARIO: 15 CÉNTIMOS

Carta institución de la fiesta del 10 de Marzo.

Venecia, 5 de Noviembre de 1895.

Mi muy querido Cerralbo: Ya te rogué por telégrafo dieras las gracias en mi nombre á los muchísimos que de toda España me felicitaron ayer por mi fiesta.

Al reiterarlas por escrito, quiero comunicarte un pensamiento que, desde hace mucho tiempo, deseo encerrar en forma concreta.

Grandes son los progresos que, merced á tu inteligente iniciativa, á la cooperación generosa de todos los que te ayudan y también á la fuerza de persuasión de la verdad y la justicia, tenaz y serenamente confesadas, ha logrado nuestra Causa. Pero si orgullosos podemos estar del presente, cúmplenos no olvidar lo mucho que debemos al pasado.

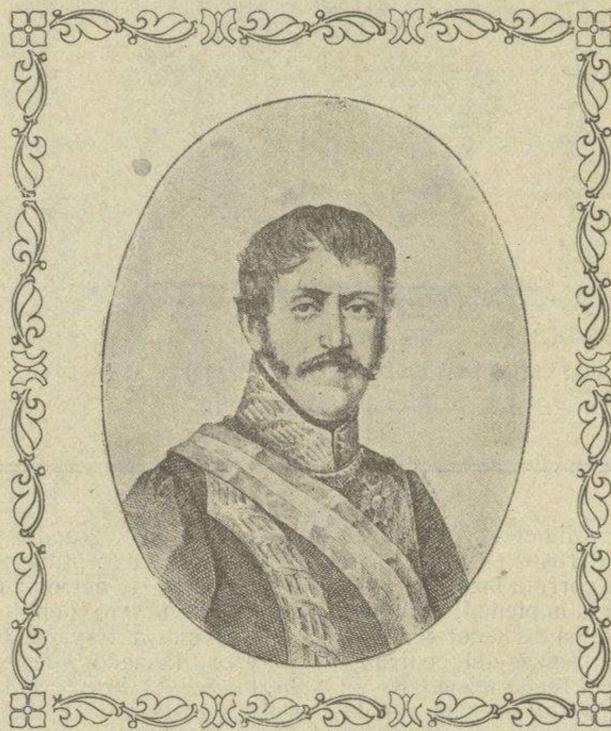
¡Cuántas veces, encerrado en mi despacho, en las largas horas de mi largo destierro, fijos los ojos en el Estandarte de Carlos V, rodeado de otras 50 banderas tintas en sangre nobilísima, que representan el heroísmo de un gran pueblo, evoco la memoria de los que han caído como buenos combatiendo por Dios, la Patria y el Rey!

Los Ollo y los Ulibarri, los Francesch y los Andéchaga, los Lozano, los Egaña y los Balanzátegui, nos han legado una herencia de gloria que contribuirá, en parte no pequeña, al triunfo definitivo que con su martirio prepararon.

Y al fin cada uno de esos héroes ha dejado en la Historia una página en que resplandece su nombre. En cambio ¡cuántos centenares de valerosos soldados, no menos heroicos, he visto caer junto á mí segados por las balas, besando mi mano, como si en ella quisieran dejarme con su último aliento su último saludo á la Patria! ¡A cuántos he estrechado sobre mi corazón en su agonía! ¡Cuántos rostros marciales de hijos del pueblo, apagándose en la muerte con sublime estoicismo cristiano, llevo indeleblemente grabados en lo más hondo de mi pecho, sin que pueda poner un nombre sobre aquellas varoniles figuras!

Todos morían al grito de ¡Viva la Religión! ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Con la misma sagrada invocación en los labios, ¡cuántos otros han entregado el alma á Dios, mártires incruentos, en los hospitales, en la emigración, en las cárceles, en la miseria, matados aún más que por el hambre, por las humillaciones, y todo por no faltar á la fe



Don Carlos María Isidro de Borbón y de Borbón (Carlos V).
Conde de Molina.

jurada, por ser fieles al honor, por no doblar la rodilla ante la usurpación triunfante!

Nosotros, continuadores de su obra y herederos de las aspiraciones de todos ellos, tenemos el deber ineludible de honrar su memoria.

Con este objeto propóngome que se instituya una fiesta nacional en honor de los mártires que desde el principio del siglo XIX han perecido á la sombra de la Bandera de Dios, Patria y Rey en los campos de batalla y en el destierro, en los calabozos y en los hospitales, y designo para celebrarla el 10 de Marzo de cada año, día en que se conmemora el aniversario de la muerte mi abuelo Carlos V.

Nadie mejor que aquel inolvidable antepasado mio personifica la lucha gigantesca sostenida contra la revolución de la verdadera España durante nuestro siglo.

En los albores de éste, digno émulo de los héroes de la Independencia por su entereza y su inflexibilidad en el cumplimiento del deber, irguióse enfrente de Napoleón, que en el apogeo de su poder no consiguió doblegarle, como encarnación augusta de la Monarquía española.

En el segundo período de su vida ejemplar, reinando su hermano, fué también, en la pri-

mera grada del Trono, celoso custodio de las virtudes y tradiciones monárquicas, á la par que modelo de súbditos.

Y, por último, á la muerte de Fernando VII capitaneó la guerra de los siete años, que ha servido para dar nombre gráfico y definitivo á los defensores de la Bandera de la antigua España: los carlistas.

Estas razones me han determinado á escoger la fecha del 10 de Marzo, que además despierta en mí conmovedores recuerdos personales, por ser aquel mes el culminante de la campaña de Somorrostro y en el que ví morir mayor número de valientes al lado mio.

Ya conoces mi deseo, mi querido Cerralbo. Hazlo saber de antemano, como representante mio á nuestras Juntas, á nuestros Círculos y á nuestra Prensa, para que se preparen á celebrar, desde el año próximo, con la solemnidad debida, esta fiesta nacional.

En ella debemos procurar sufragios á las almas de los que nos han precedido en esta lucha secular y honrar su memoria de todas las maneras imaginables para que sirvan de estímulo y ejemplo á los jóvenes y mantengan vivo en ellos el fuego sagrado del amor á Dios, á la Patria y al Rey.

Los Círculos podrían, por ejemplo, premiar aquel día estudios históricos sobre los héroes de las respectivas localidades; la Prensa ensalzar y divulgar sus hechos más gloriosos y propagar sus retratos; las Juntas organizar funerales por los muertos, y si se conservan sus restos, restaurar en lo posible sus sepulcros y convocar á nuestros amigos para que recen sobre sus tumbas.

Obra del corazón ha de ser esta fiesta, y con tributos del corazón hemos de celebrarla más que con ostentosas manifestaciones. La fe, la gratitud y el entusiasmo reemplazarán en ella con creces al fausto y la pompa, que no se avienen bien ni con los gustos de la graa familia carlista, ni con la situación en que se galla por su desinterés sublime.

Dame cuenta, te ruego, de todas las adhesiones que recibas á esta idea y de los preparativos que se hagan en los diferentes puntos de España para esta fiesta nacional, que yo, desde el destierro, presidiré con todo el fervor de mi alma.

Guárdete Dios, como muy de corazón lo desea tu afectísimo

CARLOS

NUESTROS MUERTOS

Si la Comunión Tradicionalista necesitase ejemplos que seguir, y anduviera su historia escasa de enseñanzas; si no fueran en ella condiciones nativas la fe inquebrantable, el desinteresado heroísmo y el esforzado aliento, nunca fatigado ni decaído, bastaría á despertar prendas tan valiosas y viriles, el solo recuerdo de los que han muerto por ella.

Este recuerdo es á la par triste y glorioso. Como buenos españoles, lloramos en cada víctima la pérdida de un soldado. Como buenos católicos, bendecimos á Dios, que de cada soldado católico hace un mártir.

La triste idea de la muerte terrena, de la que es insuficiente consuelo la gloria mundana, y hasta la efímera inmortalidad histórica, no aflige por igual al descreído y al creyente, ni el vacío que, en la familia, en la sociedad y en la patria, deja un ser querido se llena tan pronto con el vano incienso de las alabanzas póstumas como con el suave consuelo de las alabanzas cristianas.

No es dable para el que se asoma á una tumba, sin ver otra cosa que obscuridad y tinieblas en el fondo de ella, desprenderse de los afectos de actualidad, y hasta de las pasiones del momento, para quienes la muerte no es más que el término fatal é incomprensible de la vida. Y si es la vida que allí yace término de sus esperanzas, garantía de su triunfo, prenda indestructiva de su poderío; si, como en la muerte de un poderoso de la tierra, todo un partido, toda una cohorte de triunfadores se encuentra de repente herida de muerte, no es extraño ver al dolor tomar forma de desesperación, rebosar la amargura á través de las lágrimas, y acudir á lo sobrenatural, que les sorprende sin conmovérles, con la interrogación de la blasfemia.

Ni costosos monumentos, ni lápidas conmemorativas, ni decretos de inmortalidad generosamente concedidos por una asamblea de representantes, podrán nunca ni hacer más dulce ese dolor, ni detener ante el sagrado de una tumba los gritos de verganza estéril, las acusaciones apasionadas, las manifestaciones de los afectos mundanos, único sufragio que las generaciones materialistas ofrecen á sus muertos, y á cuyo lado la piedad confiada de los católicos parece á los incrédulos frialdad egoísta ó condición olvidadiza...

Y, sin embargo, no olvidamos, no, á los valientes, ya oscuros, ya ilustres, pero todos mártires, que han perecido con el nombre de Dios en el corazón y en los labios. Sus nombres corren de boca en boca, y son los primeros que pronuncian nuestros hijos. Sus almas van mezcladas en nuestras oraciones con las almas de nuestros padres.

Su recuerdo, estrechamente unido con la historia de nuestra Comunión, vive en nuestros hogares; y los hogares jaimistas, á donde no penetra ni penetrará nunca el huracán de los tiempos, son fieles guardadores de las glorias que se les confían.

Su historia es nuestra, y como historia de abolengo cada jaimista se gloria de ella y, como piadosa tradición, la trasmite en herencia á sus hijos.

Zumalacárregui, Ollo, Francesch, Rada, Lozano, Endéchaga, Castells, Ulibarri, *Cadiraire*, García y otros cien... todos estos nobles adalides de nuestra Causa, aunque de clases distintas, de tipos diferentes que el historiador ó el biógrafo apreciarán debidamente (lo ha hecho el Barón de Artagan recientemente en sus dos obras magníficas *Carlistas de Antaño* y *Cruzados Modernos*), aparecen confundidos en el corazón y en la memoria de todos nosotros.

Ellos y otros no menos heroicos, aunque más oscuros, y de los cuales son símbolo glorioso los mártires de Oñate, de Reus, de Urbasa, de Alpens, de Vich y de cien más, ofrecen á la actualidad un aspecto único.

Todos, jefes y soldados, humildes y poderosos, todos murieron por su Dios, por su Patria y por su Rey. Todos fueron leales, valientes y sufridos; todos fueron españoles, y, para decirlo con una sola frase, todos murieron como buenos.

Sean hoy para todos nuestras oraciones, sin olvidar al augusto Señor que instituyó la hermosa fiesta de los Mártires de la Tradición.

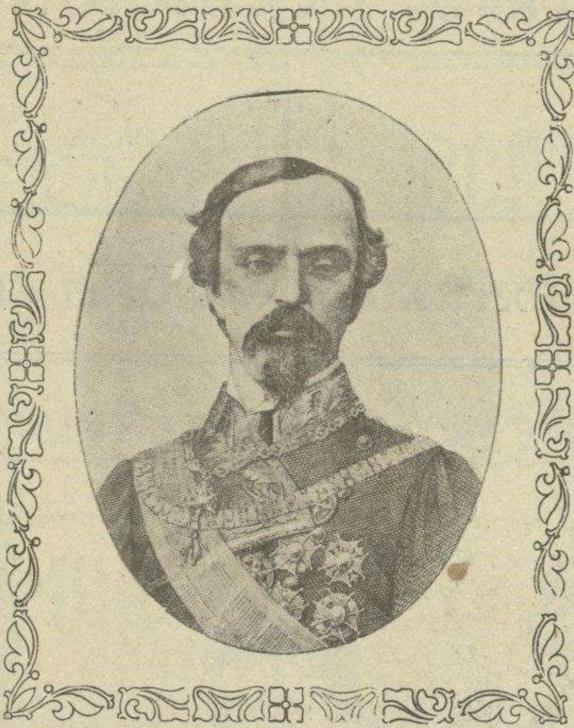
R.

La Tradición y sus Mártires.

Al evocar en este día memorable los recuerdos gloriosos de los heroicos defensores de la Bandera Tradicional, á los que la posterioridad enaltece con el título venerable de Mártires, parece que surge en mi mente una como idea fantástica que define y encarna y sublima el bendito nombre de Tradición. Porque no se me representa la Tradición como la corneja de cantar triste y negro plumaje, habitadora de la torre medioeval, de que en sentido irónico nos habló Mella; ni siquiera como conjunto de ideas, de sentimientos y aun de prejuicios, que, por lo mismo que fueron patrimonio de generaciones pasadas, merecen nuestro res-

peto, ya que no nuestra admiración, sino como algo sublime, palpitante y actual. que, sobreviviendo á los siglos, encierra los ideales santos que alimentan nuestra inteligencia y los sentimientos bellos que hacen vibrar á nuestro espíritu. Porque la Tradición es como cadena misteriosa y providencial que engarza el pasado con el presente, engendrando el porvenir; cadena de eslabones de oro que abraza el mundo y entre la que se extiende el manto de la libertad augusta, haciendo que los pueblos recorran su camino, sin desviarse, en dirección de los eternos ideales de la justicia, del bien y de la verdad.

Si se me pregunta que entiendo yo por Tradición, contestaría que es el mundo mismo, por cuanto sin ella, aquel no existiera: ¡arrancadle la Tradición y desgarraréis sus entrañas! Que la Tradición es el fundamento de la *Patria*, pues que por ella se conservan y suceden la raza y el carácter, la lengua y las costumbres, la Religión y el Derecho, las artes y las fiestas, todo aquello, en fin, que formando el característico y especial modo de ser de un pueblo engendra la Nacionalidad y con ella, el sentimiento patrio; es la salva-



Don Carlos Luis de Borbón y de Braganza (Carlos VI).
Conde Montemolín.

guardia de la *Religión* santa que nos hizo grandes y poderosos en aquellos tiempos en que el excepticismo no corroía las almas, ni en los gobiernos se entronizaba la impiedad; es la cuna del *Regionalismo* bendito que ha de hacer surgir potente una nueva España de las cenizas del centralismo opresor, llamado á arder en el fuego mismo de su soberbia; es el brazo de la *Libertad* excelsa, reñida siempre con la tiranía, aunque, hipócrita, se esconda bajo ropaje de liberal; es el brazo del *orden* bajo el cual los pueblos son felices y venturosos, lejos del libertinaje que todo lo avasalla, y del despotismo que todo lo arrasa; es la madre de la *Ciencia* que sin ella no sería inmortal; es la fuente de la *Cultura* que desarrolla y perfecciona á los pueblos, educándoles en el bien, é instruyéndoles en la verdad; es el vehículo del *Progreso* verdadero fundado en la justicia y orientado por la fe, progreso que hoy se ve oculto por un adelanto engañoso que nos embelesa y nos envenena, porque al lado de la espléndida magnífica muestra la negra infamia; es la savia de la *Vida*, que alimenta á los individuos y á las sociedades y trasmitiéndose de padres á hijos, salva fronteras y domeña centurias, circulando por todo tiempo y por todo lugar como mensajero enviado por Dios en prenda de que El los asiste; es, en fin, el *medio* que la Providencia depara al hombre, para que sea hombre; á la Sociedad, para que sea Sociedad; á la Vida, para que sea Vida; y no se cambien en bestia, en conglomerado disoluto y en Muerte.

¡He ahí la Tradición!

¡Y qué mucho que la Tradición haya tenido Mártires, si mientras el Mundo exista, los tiene y los tendrá! ¡Y gracias á esos Mártires, á sus almas y á sus cenizas! Que ellos fueron los defensores del pasado, como los actuales lo son del presente y los venideros lo serán del futuro; que sus almas velan por nosotros é imploran á Dios justicia y conmiseración para esta Sociedad, que, perdida en el mar turbulento de sus errores y de sus vicios, es víctima de interna descomposición y podredumbre; que sus cenizas son la semilla salvadora que ha de prender y fructificar, dando á esta Patria desgraciada días esplendorosos en que luzca sin empañarse el sol radiante del Derecho y de la Libertad.

M. de Bofarull y de Romañá.

A los Mártires de la Tradición española.

¡Nobles cruzados de la fe de Cristo, firmes guerreros de la patria mía, levantad al Señor vuestras plegarias y en el templo, cayendo de rodillas, oremos por los mártires que fueron de nuestra tierra encarnación bendita!

Lloremos por los bravos campeones, que, sucumbiendo en la gigante liza, ganaron el terreno palmo á palmo, expulsando de España á la morisma, fecundando su sangre nuestro suelo, cimentando á la Patria sus cenizas.

Recordemos por aquellos que dejaron la paz de sus hogares tan querida, lanzándose á la empresa más grandiosa que la Historia en sus páginas registra; regalando á Isabel un nuevo mundo poblado con extrañas maravillas.

Evoquemos las glorias de Lepanto, hermoso galardón de la Marina, y pidamos la paz para los muertos que, en la defensa de su noble insignia, perecieron con honra, combatiendo del pirata las naves maldecidas.

Recordemos las épicas hazañas que mataron la indómita codicia del gran usurpador de las naciones que emprendió de los pueblos la conquista cayendo de su altura incomparable, de los hijos de España ante las iras.

Sigamos el pendón inmaculado que O'Donnell tremolara sin mancilla, sometiéndolo al Imperio de Marruecos que á la lucha, salvaje, nos incita, para morder el polvo en el combate, demostrando su fiera valentía.

En época reciente nuestro duelo nos aumenta el rigor de la desdicha, cediendo sin combate el territorio que Colón descubrió para Castilla, dejando abandonados los sepulcros que llenan por completo la manigua.

Las manos de Legazpi se avergüenzan de lo inútil que fuera su conquista, al escuchar los pasos de los yanquis en los muros cerrados de Manila, abatiendo el pendón de nuestros padres en las hermosas tierras filipinas.

Y en tanto que se pierden los prestigios y el reino llega á la fatal ruina y el ibero león anda maltrecho buscando sin cesar una guarida, la Santa Tradición, que nunca muere, la sangre de los pueblos vivifica.

¡Honor y gloria á las preclaras huestes, mártires ciegos de la patria mía, que en tres generaciones de guerreros sucumbieron buscando la justicia; que Dios en las alturas recompense el valor y la fe de los carlistas!

Los años pasan y lo viejo muere; nueva savia recorre nuestras filas; que jóvenes valientes y ardorosos prosiguen sin cesar nuestra doctrina, dando un ejemplo de valor al mundo al proclamar la salvación bendita.

Yo sigo tremolando mi bandera, de mi Causa creyendo en la justicia, en tanto que mi mano la sostenga y el canto del amor pulse mi lira; que prefiero la gloria del combate á envolverme sin fe con la ignominia.

Cuando el Ángel de muerte se aproxime cortando el hilo que á vivir convida, rogado por el cansado peregrino que, en la dulce mansión por que suspira, el triunfo pedirá de su bandera, acabado pendón de la hidalguía.

Emilio Martínez Vallejos.

HÉROES Y MÁRTIRES

Piadoso y santo es recordar á los que nos han precedido y ofrecer sacrificios para su eterno descanso. Así nos acostumbramos á mirar la muerte cara á cara, sin temerla.

Así pensamos en la eternidad, pensamiento que engendra héroes, que alienta mártires.

Así continuamos nuestra comunicación de amor con los que nos han precedido, auxiliándoles más allá de la tumba, pesando la caridad de la tierra en la eternidad.

Conmemoremos á nuestros héroes y á nuestros mártires, cumpliendo con un deber sagrado, alimentando nuestro valor con su ejemplo.

Les debemos el ideal que nos han legado, enriquecido con sacrificios, purpurado con su sangre generosa. Y este ideal es nuestro tesoro, nuestra gloria y la esperanza de España. ¿No es un deber el recordarles cristianamente al pie del altar?

Y su ejemplo nos mueve á imitarles, resistiendo el envenenamiento de esa atmósfera que respiramos, cargada de mortíferos microbios, de egoísmos repugnantes, de temores femeninos, de esperanzas mezquinas, de cobardías inverosímiles.

Benditos sean. ¡Que el Señor les dé su santa gloria!

Nosotros sólo conmemoramos héroes y mártires.

Los que, sintiendo los males de la Patria más que los propios, han consagrado su actividad é intereses, su tranquilidad y sus esperanzas, su sangre y su vida, al honor, á la gloria, al bienestar de su España, éstos, éstos son los que nosotros honramos, éstos los que ocupan el primer lugar en nuestras oraciones, éstos los que tenemos delante de nuestros ojos para inspirarnos en su generosidad é hidalguía, en su grandeza de alma, en su magnanimidad y caballerosidad españolas y cristianas.

Héroes y mártires, que formaban legión en otros tiempos, que constituían densos bosques, todo un cielo cuajado de estrellas; cuando hoy son tan pocos, cedidos del líbano harto aislados, alguno que otro astro brillando en un cielo tenebroso, con las tinieblas del egoísmo, con la obscuridad del miedo.

España, la España católica ha sido siempre la patria de los mártires, la patria de los héroes.

Raza privilegiada la nuestra; aun sin fe, cuenta con héroes como Viriato, ciudadanos como los de Sagunto y Numancia. Con la fe cuenta innumerables mártires; y en el orden social, con San Hermenegildo y su ejército. Pelayo y los cruzados de ocho siglos, los grandes generales y los valientes tercios en nuestras luchas con el bárbaro Protestantismo; el pueblo en la guerra de la Independencia contra la barbarie revolucionaria, y los voluntarios de nuestras guerras carlistas, guerras pro-Religión y pro-Patria, contra los que no querían afrancesados é impíos.

Esta es nuestra raza, la raza de los héroes y los mártires, de todos los siglos, viva y perpetuada en los cruzados del siglo XIX.

Inclinamos nuestra frente con respeto y veneración delante de los héroes de nombre ilustre; ante los Príncipes que prefirieron el destierro á la corona, antes que vivir ellos y la patria en deshonor; delante del egregio Caudillo Don Carlos VII, que menospreció una corona revolucionaria ofrecida por los afortunados de Alcolea, y se abrazó á la cruz del destierro, de la injuria, de la calumnia, siendo el único Príncipe que se mostró enemigo irreconciliable de la masonería en el Congreso Antimasónico de Trento.

Sólo almas mezquinas pueden dejar de sentir noble sacudida ante estos héroes legendarios.

Pero nos inclinamos también con el mismo respeto ante los héroes anónimos, que morían cantando en el campo del honor ó pasaban una vida llena de privaciones por conservar intacta en sus almas la nobleza de la fidelidad, que es el alma de toda verdadera nobleza.



Morad en paz, campeones
de la santa Tradición,
y de nuestro corazón
acoged las oraciones.

¡Ah! Que cuando todo es tan mezquino, personas y cosas, cuando no se piensa ni se siente más que con el estómago; encuéntrase la vida en ese oxígeno de dignidad, que con placer respiramos; en esos corazones que sacrifican el estómago, en esas almas viriles, verdaderos gigantes en medio de una sociedad de almas femeninas.

Descubrámonos con respeto ante estas gallardas figuras y oremos con fervor por las almas de los que en vida tan altos ejemplos nos han legado.

Que no seamos hijos tan degenerados de padres tan admirables.

No sea el 10 de Marzo sólo un acto de cristiana piedad, y menos un mero y estéril recuerdo.

España no se salvará si no la salva una raza varonil, de fe y de sacrificio, instrumento de las Misericordias del Altísimo.

Seamos nosotros esta raza; gloriense los católicos españoles todos en pertenecer á ella; imitemos á los héroes y á los mártires, para ser mártires y héroes como ellos, y la Religión volverá á recobrar su influencia en el Estado, y España, libre del cáncer revolucionario y por ende impío que la corroe, vivirá de sí misma, desarrollará todas sus energías y volverá á ser grande, feliz y poderosa.

Hija fiel de la Iglesia, brazo invencible del catolicismo, modelo de compenetración de lo natural y sobrenatural, tendremos hombres de Estado, celosos como Obispos, Obispos diplomáticos como grandes hombres de Estado, Misioneros soldados y soldados misioneros, la revelación engrandeciendo lo natural, y lo natural divinizado dando gloria á Dios.

Glorifiquemos á nuestros héroes y á nuestros mártires.

Sean ellos nuestro modelo y nuestro estímulo.

Y pidamos al Señor que á nosotros no nos deje y á ellos tenga en su santa Gloria.

El Magistral de Sevilla.

Un artículo de «Eneas».

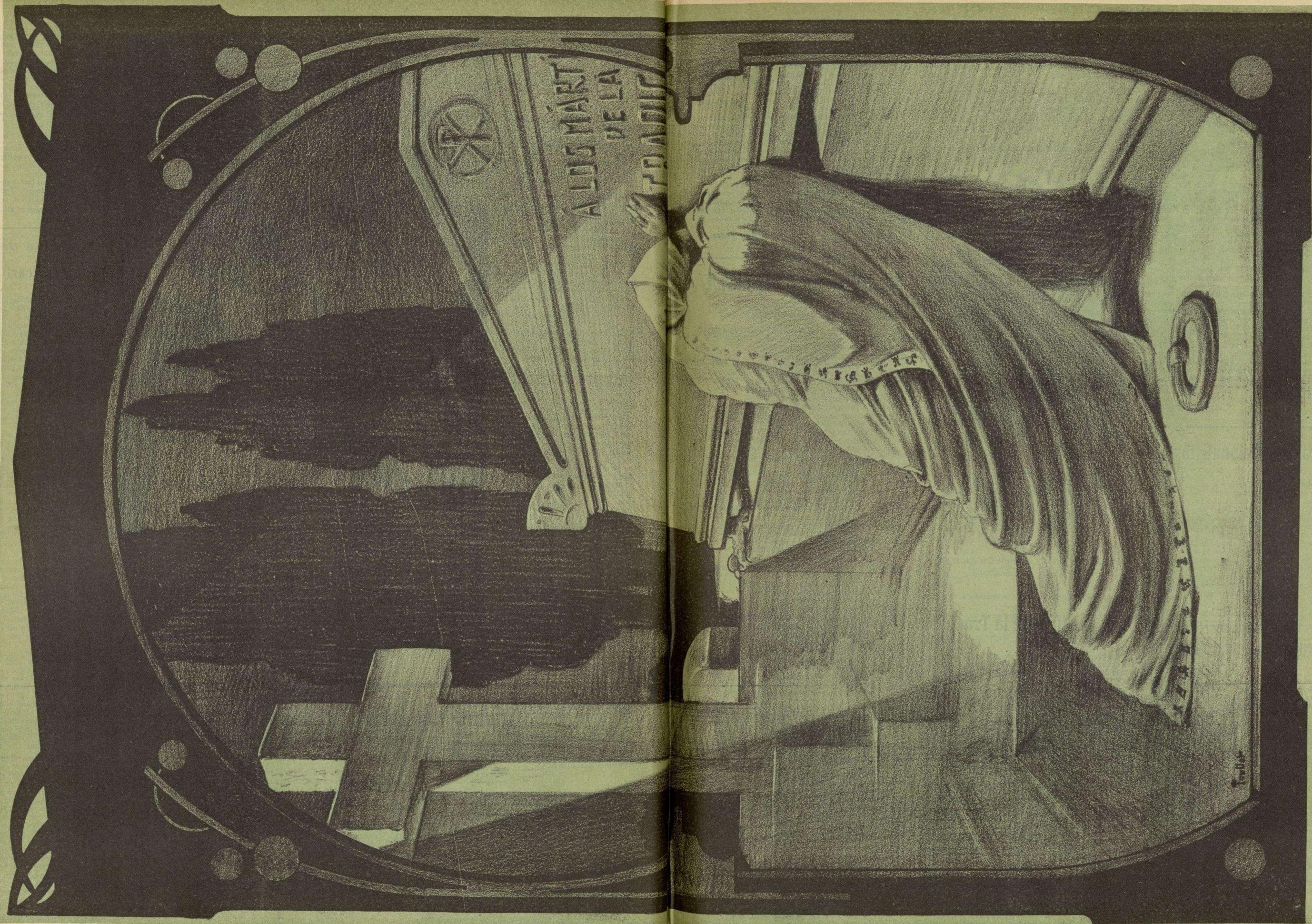
Mártires carlistas.

«Para recompensarle con su gloria, el Señor había tenido en cuenta sus méritos de buen cristiano y de fiel carlista.» Estas palabras ó muy parecidas, porque las cito de memoria, se leían en la carta de pésame que dirigió el Sr. Duque de Madrid á la viuda del malogrado carlista don Joaquín Arana y ellas sirven de tema para pensar despacio y con gran consuelo de los corazones leales, en lo que es la causa carlista y en lo que son sus hombres, los que la sirven y que por ella mueren.

Pensemos un momento. Por más hojarasca y flores que arrojen los mundanos en torno de la vida presente, por más esfuerzos de imaginación que hagan para hacerla centro de las almas y fin último de los hombres, fracasarán. La vida es efímera, amarga y amenazada por los dolores y por la muerte, y la vida es muy poco para los deseos de felicidad que sentimos. Hay que mirar á la eternidad. A ella miramos los cristianos como á nuestro propio y natural anhelo. Y los autores que escriben sobre la perfección, dan una regla segura para ser buenos, para ser bienaventurados. — Cuando hagas ó intentes algo — dicen — contesta antes á esta pregunta: — *¿Quid hoc ad aeternitatem?* ¿Que me aprovecha esto para mi salvación? ¿De que me sirve para la eternidad? — y según sea la respuesta, obra.

Esta regla de vida hay que aplicarla á la política. La política es el arte de gobernar y salvar los pueblos, mas no por salvar los pueblos se han de perder los individuos. Ni por salvar los pueblos, ni siquiera por salvar la Iglesia. — Dios — dice un autor místico — no te ha mandado que salves la Iglesia, sino que salves tu alma. Por eso la salvación individual hay que mirarla más aún que la colectiva de las naciones. Y bien; á todo español y cristiano se le puede preguntar:

— ¿Tienes política? ¿Profesas alguna idea política? ¿Dices que no? Haces muy mal. No tener política es cruzarse de brazos y no trabajar por la defensa de tu Patria y de tu fe. La Iglesia manda que en el terreno político la defiendas. Si vas al otro mundo sin haber hecho nada políticamente por el bien, Dios te pedirá cuenta sino de haber pecado por obra, de haber faltado por omisión á tu deber. Y aun puede ser que también por obra, pues no pocas veces el no tener política ninguna responde á un cálculo sanhopanesco para medrar en el mundo. — ¿Dices que sí eres político? Perfectamente. Nos vamos entendiendo. ¿Pero qué política? ¿Eres liberal? ¿Eres simplemente republicano ó alfonsino? Con eso podrás hacer negocios y pasar bien la vida. Pero si eres liberal eres un réprobo, un candidato á los infiernos. Y si protestas de que sólo amas la forma republicana ó la dinastía alfonsina, pero que con todo no eres liberal (cosa bien difícil, ya que quien con lobos anda á aullar se enseña), si protestas de eso, no por serlo encontrarás mérito para tu salvación. Ser partidario de una mera forma de gobierno, que es indi-



¡Oremos por los héroes y mártires de la Patria!

ferente á la Iglesia, es como ser alto ó bajo, blanco ó cobrizo, guapo ó feo. Altos y bajos los hay buenos y malos porque la bondad y malicia se compaginan bien con la estatura. Lo mismo ocurre con esas formas de gobierno que tú dices. Alfonsinos hay algunos católicos (no muchos por cierto), hay muchísimos liberales y masones. Alfonsinos son por igual Canalejas y Sánchez Toca...

Alfonsinos los que proyectaron la Ley de Asociaciones y muchos de los que la combatieron. El alfonsismo entra con todas y con todos. Hacer en el día del juicio esta alegación—Señor. He sido alfonsino!—si no fuese una recomendación en contra, valdría tanto como decir—Señor: ¡He sido pardo!

En cambio hay en España otra política que quizás sirva menos para la vida, pero que sirve admirablemente para la eternidad. «En esa política no caben más que los católicos, el que no lo sea no puede ser carlista» ha dicho su jefe augusto. Política que acaso cierra las puertas de las carreras ¡algún día las abrirá! y por hoy no deja abierta otra que la del sacrificio, pero que abre de par en par las de la gloria. Política de la que se acuerdan con orgullo á la hora de morir las voluntades que mueren siéndole fieles y que entran en la eternidad con los nombres de su Dios y de su Rey en los labios y en el corazón. Política que ha dado á la Iglesia tantos defensores, á la Patria tantos héroes y á la bandera tantos mártires: Política que levanta el corazón hacia el ideal que enseña que hay algo más que negocios y prosperidades materiales en el mundo.

Los que por esta causa bendita murieron en el campo de batalla defendiendo su Fe, ó en el destierro en la proscricción y en la desgracia tras larga carrera de sacrificios siendo leales á su bandera querida, quizá tengan que devorar el desprecio ó la compasión del mundo, pero es seguro que hallarán gracia á los ojos de Dios cuando comparezcan en su presencia divina exclamando:—Señor: ¡He sido carlista!

Y los buenos, los fieles, podrán aplicarse aquella hermosa frase del gran carlista Aparisi: «Morir para quien muere, siendo carlista, es morir entre los *hombres* para despertar entre los bienaventurados, entre los mártires»

Eneas.

A los tradicionalistas.

La sangre de Pelayo gota á gota recibe de la Cruz savia divina: cual lluvia torrencial cae, extermina y arrolla al sarraceno en su derrota.

Si impío vendaval á España azota y el trono de Fernando al suelo inclina, un grupo vigoroso se avecina; que sangre de Pelayo no se agota.

¡Oh pueblo de valientes! pon tu vista en salvadora Cruz, que es tu consuelo, de España invoca al celestial Patrono.

Por Dios y por tu Rey, la reconquista prosigue con ardor del patrio suelo; que Dios para su grey reserva el Trono.

x.

EL MARTIRIO Y LA EDAD PRESENTE

Dar la vida por una causa santa, es la virtud más heroica de que es capaz el linaje humano; pero esta clase de virtudes no florecen en los jardines de la indiferencia, del escepticismo, de las costumbres muelles y egoístas, de la impiedad reinante, en una palabra.

Los defensores del Altar y del Trono, los Mártires de la Causa carlista, fueron hombres de fe tan grande, que se lanzaban á una muerte casi segura, sin armamento, sin municiones, sin organización, sin jefes militares, sin esperanzas de protección ni exterior ni interior, sin medio alguno humano conducente al triunfo de sus propósitos.

Y, no obstante, con las manos vacías y el corazón henchido de indignaciones santas, lanzábanse al campo, pero ¿á qué? Nada, una bicoca, á morir por su Dios, por su Patria y por su Rey.

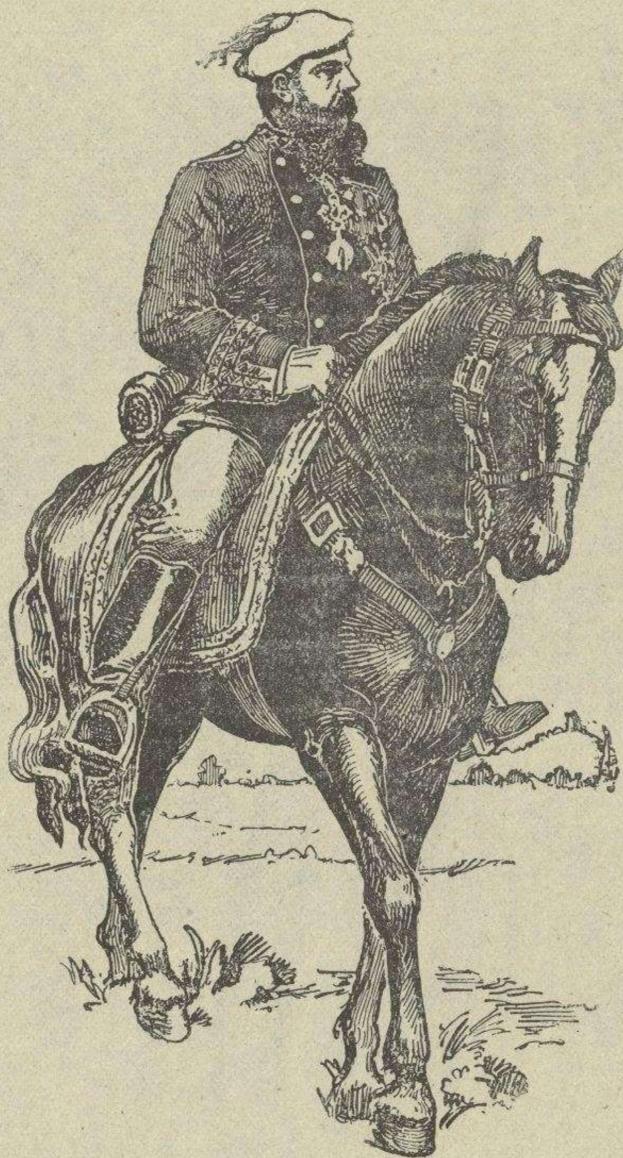
Tenían fe, piedad, entusiasmo religioso, amores patrióticos, ideales altísimos, espíritu de sacrificio, eran, en una palabra, de madera de mártires, y sus descendientes políticos como mártires los veneramos, y su martirio proponemos á la presente degenerada generación para perpetuar su memoria y ejemplo.

Inverso de la medalla: ¿Qué vemos ahora en torno nuestro y para vergüenza nuestra? Hombres de poca fe, que ni siquiera tienen el valor de levantar los ojos y las manos al Piloto de la nave para decirle: Señor, sálvanos, que perecemos; hombres tan apacibles, tan amorosos con propios y extraños, que abrazan á la Humanidad entera, lo mismo al judío que al católico; en fin, tan refractarios á las privaciones y al sacrificio, que, como los libeláticos de los primeros siglos cristianos,

ponen su ideal supremo en estar muy bien con las dos Casas, sin que se ofendan San Miguel ni el diablo.

La fiesta del 10 de Marzo, ó sea de nuestros Mártires, es, pues, hoy día más necesaria que nunca y más provechosa para los vivos que podemos y debemos inspirarnos en tales y tan altos ejemplos, que para los gloriosos muertos, que indudablemente no necesitan ya de nuestros sufragios por haber recibido la corona reservada para los que perseveran hasta el fin, y pisoteando las transigencias y provechos indignos, supieron luchar, morir y vencer.

Manuel Polo y Peyrolón.



Don Carlos de Borbón y de Austria-Este (Carlos VII).
Duque de Madrid.

A los mártires de la Tradición

España, nuestra queridísima patria, la tierra de nuestros más caros amores, pasa por un periodo verdaderamente anárquico y pavoroso. El mal viene de arriba. Los gobiernos que se suceden en el Poder son como eslabones de una cadena que bárbaramente nos oprime; la mayor parte de los ricos hacen el sordo al clamor incesante de los oprimidos, no quieren ser caritativos, quieren esperar, sin duda, que luminarias fatídicas les dañen la vista y que relucientes puñales se hundan en sus carnes; á cada paso se hallan abismos insondables que, preparados por comerciantes ruines y malvados, esperan la caída de inocentes víctimas; no parece sino que el diablo se haya metido en todo lo nuestro para perturbarlo y envilecerlo. ¡Pobre España!... ¡Pobre patria mía!...

Mas, con todo, hay que tener fe; no hay que desesperanzar ni un solo instante. Y nosotros, los que sentimos palpar el corazón á impulso de amores santos, no desesperanzamos ni desesperanzaremos. Porque el bien puede mucho. Y mucho de bueno queda aún en España.

La Comunión Tradicionalista es la misma de siempre; está donde ha estado desde los albores de su vida. Cuando el clarín de guerra suene, los soldados de la Tradición, que son muy buenos y muy bravos, se lanzarán al campo á pelear en defensa de los sacrosantos ideales que os llevaron á vosotros al martirio, héroes legítimos de la Santa Causa. Sí, lo repito: los soldados de la Tradición son muy buenos y muy bravos. Miradlos: los hay que son viejos, que llevan canas venerables y que se acuerdan muy bien del olor de la pólvora y del silbido de las balas; los hay que son jóvenes, viriles, capaces de oponer una barrera de pechos al avance de la revolución, y los hay, por fin, que son joven-

citios, pero jovencitos valientes, jovencitos-hombres. ¿Qué más nos falta? En la tierra... nada. En el cielo... tampoco. Porque nosotros tenemos en el cielo una multitud de mártires. Allí estáis vosotros, heroicos cruzados, que disteis la vida generosamente en defensa de la fe que se robaba á los corazones de los españoles; vosotros, gallardos paladines, que luchásteis bizarramente y como buenos caísteis antes de que quedara impune la persecución cruel de que se hacía objeto á la santidad personificada.

Para el triunfo de la causa santa que defendemos contamos con nosotros y con vosotros; sí, contamos con todos; nosotros, en la tierra, seremos activos y pelearemos valientemente, hasta morir si preciso fuere, en defensa de la Tradición, y vosotros, los que gozáis ya de la santa Gloria, sed delante del Señor portavoces de nuestros más caros deseos; sed fidelísimos mensajeros de nuestros más puros amores; sed, sí, como embajadores en el cielo de la gloriosa Comunión Tradicionalista, á la que un día tanto amásteis y por la que tanto sufristeis. Así os lo demandan, con la intención más noble, un sinnúmero de buenos españoles que desean para la patria de sus amores días inacabables de paz y de ventura.

Ramiro de Yepes.

LA CRUZ DEL CARLISTA

A media legua del pueblo y del camino á la orilla, incrustada en la pared como joya de valía, guardada en extenso marco la curiosidad excita blanca cruz de tosca piedra que las gentes de la villa veneran, y con respeto llaman *La Cruz del carlista*.

¿Qué tendrá de misterioso esa Cruz pobre y sencilla que, sin ser de arte un portento, los viajeros admiran?

Decid, hijos del lugar; decidme, gentes vecinas: ¿Por qué al llegar á esa Cruz no hay de vosotros quien siga adelante su camino,

sin que antes, la vista fija ante ella, tierna plegaria murmure en actitud pia? Decidme, ¿qué Cruz es esa? —Esa es *La Cruz del carlista*.

¿Quién eres tú que aquí yaces, cabe esa Cruz benditísima, que, siendo ya polvo inerte, conservas lozana vida

en el cariño de un pueblo que en sus recuerdos te estima?

¿Quién eres, sombra que asombras en los hijos de esta villa que asombrados te bendicen y con asombro te admiran?

—No hay nadie cabe esa Cruz, esa es *La Cruz del carlista*.

¿Tiene esa Cruz amuletos? ¿Guarda sagradas reliquias? ¿No? Pues entonces ¿qué encierra esa Cruz que me fascina?

¿Qué vago recuerdo santo en torno de ella palpita? ¿Qué tradiciones, qué historia aquesta Cruz simboliza? ¿Por qué ante ella las gentes con reverencia se inclinan?

Hace treinta y tantos años. Era una tarde tranquila, y, á la luz crepuscular, acampó en esas colinas un batallón de valientes, que, llevando por divisa *Dios, Patria y Rey*, por la Iglesia voluntarios exponían, en el campo de batalla, su porvenir y su vida.

Mientras que sus camaradas descansan de la fatiga de la marcha, un veterano silencioso se encamina al pueblo, con la ilusión de abrazar á su familia y al volver al campamento antes que del nuevo día la luz clara le delate á las huestes enemigas.

¡Infausta suerte! Un villano de alma criminal, impía, amparando obscura noche su perversa cobardía, contra aquel noble valiente planes inicuos maquina, traidoramente emboscado

donde la traición le inspira.

Y al regresar nuestro héroe saboreando la dicha de estrechar entre sus brazos los seres que más estima, una descarga traidora cortó su preciosa vida.

¿El criminal? Aún vive. Lleva en su frente el estigma. Dios, para mayor castigo, va prolongando sus días. Y hace treinta y tantos años que él y su raza maldita son el baldón y ludibrio de aquella pequeña villa, que es grande, pero muy grande, porque sabe hacer justicia, despreciando á un alma vil y guardando siempre viva la memoria de aquel héroe cuyo nombre inmortaliza esa tosca Cruz de piedra llamada CRUZ DEL CARLISTA.

Nestor.

El toque y la tocata.

(De La Tribuna.)

Un periodista que recibe impresiones directas del presidente del Consejo de ministros, ha dicho en un artículo que la cuestión entre el Gabinete Canalejas y el Vaticano, lejos de hallarse en camino de soluciones armónicas, lleva trazas de complicarse, porque el Gobierno español no piensa ni remotamente en abdicar de sus radicalismos y que si acaso se decide á rectificar su programa, será para acentuarlos.

De este asunto, perdonadme la inmodestia, sé algo más que el periodista que recibe impresiones directas del presidente del Consejo de ministros; él conoce un aspecto del problema; yo, por circunstancias especiales que no constituyen un mérito, porque son hijas de la casualidad, conozco los dos, los tres, los diversos aspectos de la magna cuestión.

Que nos encontramos bastante lejos del camino que podría conducir á un concierto, es notorio; pero recorrer la distancia no depende exclusivamente de la voluntad de Canalejas.

No abdicará éste de sus radicalismos, con mayor motivo por cuanto es verosímil que sepa que su abdicación sería un sacrificio poco apreciado y probablemente estéril.

La ruptura con el Vaticano, la ruptura de derecho, pues la de hecho surgió hace bastante tiempo, Canalejas quiere evitarla á todo trance. Sus gestiones, desde hace algunos meses, no tienen otra orientación ni persiguen otro fin.

Pero es el caso que en Roma, lejos de asustarse ante las amenazas del Gobierno español, se han mostrado altivos y poco menos que indiferentes.

Cuando el marqués de González escribió confidencialmente al Sr. Canalejas diciéndole que sus insinuaciones amenazadoras encontraban una pasividad aplastante en la secretaría de Estado del Papa, el jefe del Gobierno español debió ver claros los términos de la cuestión. Si no los vió, peor para él; cuando pesan sobre los hombros las responsabilidades del poder, la fantasía es un estorbo y ser iluso equivale á una paciente de incapacidad.

Roma desea secretamente la ruptura diplomática con España; no la buscará porque la política exterior del Vaticano se inspira siempre en un alto sentido de mansedumbre y discreción; pero tampoco había de contrariarle.

La ruptura, la separación de la Iglesia y del Estado, que desaparezca el patronato de los Gobiernos liberales, que se supriman del presupuesto español los gastos de culto y clero, podrán temerlo los prelados de nuestro país; pero es muy posible que la deseen desde Pío X hasta Merry del Val.

¿Ignora el Sr. Canalejas lo que piensa acerca de esto particular nuestro eminente paisano Vives y Tudó? Pues bien: el cardenal Vives es el árbitro supremo de la política pontificia en los asuntos de España. «Vives é Tudó», dicen en Roma.

Allí parten del principio de que debe aplicarse á España el mismo criterio que se aplicó á Francia. La separación con todas sus consecuencias; el todo ó nada con que la Santa Sede contestó al reto de Combes, Clemenceau y Briand, dieron en Francia espléndidos resultados para la causa católica.

La Iglesia se ha saneado, el clero se seleccionó; las rentas eclesiásticas aumentaron. París tiene ocho parroquias más que antes de la separación.

En Roma creen que los 33 millones que el Tesoro español paga á la Iglesia no compensan los perjuicios que supone el Patronato del Estado, la facultad que posee el Gobierno de nombrar obispos y canónigos. El Papa le teme más á un obispo nombrado por Canalejas que á una ley de persecución.

Sin el patronato, la Iglesia sería en España más

fuerte y poderosa; la religiosidad de las gentes aumentaría; los fieles habrían de cuidar de que el culto no sufriese mengua y el clero no pasase penurias. Esto creen en el Vaticano y esta opinión firme, sólida, arraigada y serena, es el obstáculo más importante con que ha de tropezar Canalejas.

He aquí la verdad, desnuda y escueta.

El periodista oficioso dice muy formalmente que el Gobierno no se achica, sigue tan fiero y tan obstinado. Nosotros presentamos el segundo aspecto de la cuestión. Tampoco se achica el Vaticano.

Y aquellas obstinaciones son algo más difíciles de reducir.

Kofre.



Un voluntario carlista del Campo.

El proceso del liberalismo y el partido conservador.

¿Qué es el liberalismo? Nada mejor, para dar acertada respuesta, que preguntar: ¿qué es el cristianismo? porque, siendo dos sustantividades y corrientes antitéticas, afirma el uno lo que el otro niega y viceversa. Y así, de la doctrina, actuación y consecuencias del catolicismo podremos deducir, por vía de oposición, la doctrina, actuación y consecuencias del liberalismo.

¿Qué significa, pues, la teoría católica en el derecho público, en el social, en el doméstico ó familiar y en el individual? ¿Qué principios sienta en estas esferas, qué consecuencias se han originado en el decurso de la historia y qué consecuencias no pueden dejar de deducirse en virtud de aquellos principios?

Resumiendo, sintetizando, podemos decir que el catolicismo afirma, en cuanto al derecho público, que no hay autoridad que de Dios no dimane, que toda autoridad, en consecuencia, viene á ser delegada de Dios, que la autoridad no tiene poder moral para apartarse de lo que Dios por la ley natural y positiva tiene estatuido; que, por lo que afecta á la sociedad, las diversas jerarquías no son sino partes variadas que, formando un todo, engendran el ideal de lo bello, que estas jerarquías ó estamentos sociales, racionalmente, si bien tienen intereses diversos, no son opuestos; que, entrando en el orden doméstico, la familia es una sociedad natural, autónoma, con autoridad propia, sujeta, en cuanto privada que es, á cierta fiscalización y patronato del Estado, pero con derechos que éste no puede conculcar ni desconocer, y por fin, que, por lo

que ataña al individuo, goza éste también de derechos que recibió de Dios, derechos que no puede invadir el poder del Estado, derechos que se dirigen unos á la honesta consecución de la felicidad temporal y otros á la sobrenatural, teniendo ambos por eje el libre desarrollo de las facultades humanas.

Con decir, pues, que el catolicismo regula la vida de los Estados, de las sociedades y de los individuos mediante la actuación de los principios «ley divina», «libertad moral», «hermandad» é «igualdad internacional é individual substancial y desigualdad accidental» dicho está, referidos quedan los principios con que el monstruoso liberalismo pretende dirigir la vida humana en sus diversos aspectos.

La razón es obvia. ¿Por qué el catolicismo sustenta los principios de «libertad moral», «igualdad sustancial y desigualdad accidental» y «hermandad, caridad ó fraternidad» sino por afirmar «la identidad de origen y de destino», «la ley de la belleza», «la racionalidad humana», «la ley divina, en suma, origen único de los individuos y de la sociedad, finalidad primordial y regla y norma fundamental»?

Pues el liberalismo, que, por ser sistema diverso del catolicismo y por tender á regular unas mismas cosas teórica y prácticamente, es opuesto al mismo, forzosamente debe de formular principios segundos opuestos á los del catolicismo y, mediando esta oposición, un principio fundamental, negación del de éste y consecuencias prácticas de aquellos principios segundos, contrarias á las que se deducen de los principios católicos.

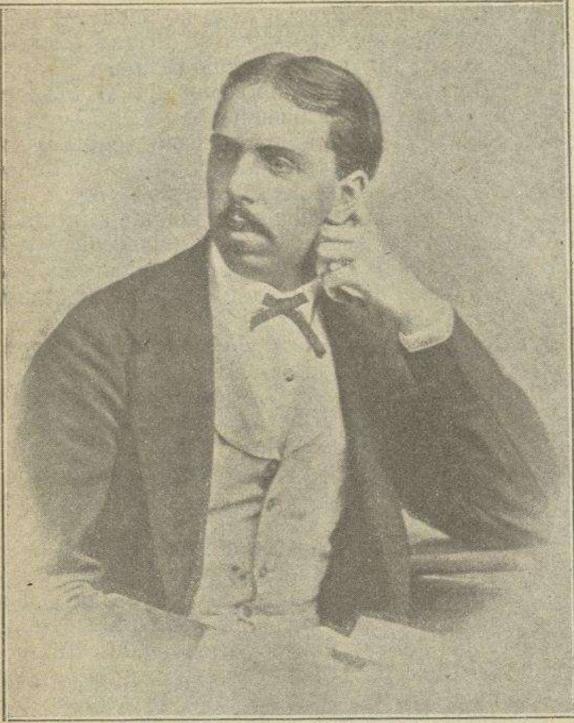
Y he aquí la razón del porqué á ley fundamental del catolicismo «norma y voluntad divina», opone el liberalismo la ley fundamental de «voluntad ó capricho humano»; he aquí porque á ley sub-fundamental católica del «poder moral» opone la del «poder material» ó del «número» ó «de las mayorías».

De modo que, así como el catolicismo envuelve la afirmación de un orden sobrenatural, origen, norma y fin del natural, el liberalismo, por negar este orden sobrenatural, imprescindible tiene que poner al orden natural, manifestado por la fuerza física, como origen, norma y fin de sí mismo, viniéndose á concluir que si «espiritualismo» es el carácter distintivo del catolicismo, «materialismo» lo es del liberalismo; que si el «deber» es el acicate que mueve al catolicismo, el «sensualismo ó utilitarismo» lo será del sistema liberal; que si el orden natural tiene razón «de medio» para el catolicismo, lo tendrá «de fin» para el liberalismo; que si la afirmación de «la inmutabilidad de lo bueno y verdadero» será patrimonio del catolicismo, «la negación de esta sustantividad» ó sea «el escepticismo» lo será del liberalismo; porque, negando el orden sobrenatural y planteando, como norma, la ley de la fuerza física, del número ó de las mayorías, la verdad vendrá á ser un ente que tendrá, como única sustancia, la veleidosa voluntad ó capricho de los hombres. De cuyas premisas se deduce que, «liberalismo» es la negación total de «catolicismo» y por ser así, media identidad sustancial entre aquél y el paganismo; que el liberalismo es la restauración maquiavélica del etnicismo.

Pero veamos ahora qué principios segundos sustenta, como emanación del primero y fundamental expuesto en sus diversos matices en el párrafo anterior, y acabaremos de convencernos de esta verdad. Estos principios segundos los formuló lacónicamente la Revolución francesa con la célebre trilogía de «liberté», «égalité» y «fraternité». Examinémoslos.

«Libertad», ¿pero qué libertad? ¿Libertad moral? No. El liberalismo ó Revolución, que fué protesta airada contra el catolicismo, no podía protestar en nombre de la «libertad moral» del principio de «libertad moral» proclamado por éste. Protestando contra el catolicismo debía de protestar de sus bases, y una de estas es precisamente la «libertad moral». Y para oponerse á este principio debía sentar ó bien el de «la negación de la libertad» ó el de la «libertad física». Y los sentó ambos á la vez, aunque parezca increíble, como proclamó el absurdo de ser un ente principio, norma y fin de sí mismo, al negar el orden sobrenatural, como hemos dicho. Y los sentó ambos á la vez, porque basta proclamar el principio de «la libertad física», como regulador de los actos humanos, para matar en su cuna el de «libertad», pues si esta facultad no tiene medios para desenvolverse y actuar como infaliblemente no los puede tener bajo el imperio de aquel principio, esta facultad no es tal, porque es una facultad que nada puede *hacer*. De aquí que, ensalzando el liberalismo el nombre de «libertad» mató la *realidad* de ésta. Otra cosa no podía ser, porque, siendo radical negación del catolicismo, á la «libertad» proclamada por éste, debía de responder con una *radical* negación de la misma. Y negada lo libertad moral, mediante la negación de la facultad «libertad psicológica», debía afirmar el imperio del principio de la «fuerza material puesta á servicio del capricho», retrotrayendo á la sociedad en aquel misero estado en que yacía cuando el Autor y Herald de esta noble facultad aun no había alumbrado con su Doctrina las tinieblas del mundo pagano. Por esto, un grande hombre pudo exclamar: «¡Libertad, libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!»

Pero ahondemos un poco más para que veamos hasta dónde llega la *radical* protesta del liberalismo. Al negar el orden sobrenatural, negó la libertad moral; al negar la libertad moral, negó la potencia «libertad» ó la misma libertad; y al negar la libertad y aquel orden



Don Carlos de Borbón y de Austria-Este.
(Retrato del año 1869.)

por partida doble *negó la racionalidad humana*. La *negó*, porque no se puede concebir una potencia espiritual poniendo el orden natural como principio de sí mismo y porque, siendo la libertad potencia que escoge entre las diversas ideas propuestas por el entendimiento, negada la facultad de escoger, se niega la conveniencia de las cosas escogibles, se niega al entendimiento. A la *radical* afirmación del catolicismo «el hombre es ser racional» opuso, pues, el liberalismo la correspondiente *radical* negación «el hombre no es ser racional».

Y vayamos á la «igualdad». También fué esta bandera de *radical* protesta al dogma católico que sustenta el principio de «igualdad sustancial», por tener todo un mismo y único principio y un mismo y único fin *sustancial*. Para negar el principio católico de «igualdad sustancial» debía formular el liberalismo ó bien el de «diversidad» ó el de «igualdad absoluta». En el nombre formuló el segundo, mas en la *realidad* el primero. Y sino oigamos á un liberal: «Siendo todos absolutamente iguales y enteramente libres no tenemos ni ley, ni autoridad superior á nosotros, pero como así no es posible la sociedad, se desprende que todos debemos despojarnos de esta igualdad absoluta y de la libertad y depositarla en uno ó muchos para que, en nombre nuestro, nos rijan. Pero como no es posible que todos coincidamos en una misma ó mismas personas para hacerlas depositarias de nuestra soberanía, entonces *las soberanías* de los más deben ahogar *las soberanías* de los menos. Y estas soberanías, como son en nosotros absolutas y nos despojamos de ellas absolutamente, se refunden en una ó varias personas que encierran y resumen absolutamente la absoluta soberanía nuestra y entonces...» ¿y entonces qué? digo yo. Pues entonces tenemos una ó varias personas *absolutamente soberanas* y la infinita mayoría *absolutamente despojada* de soberanía. Y entonces, como rigiendo esta *minoría absolutamente soberana* se explora la voluntad de la mayoría, *que no es soberana, ya*, veremos que el resultado de esta exploración (elecciones) responde al gusto de la *minoría soberana*, que lo es eternamente. Y entonces ¡viva la igualdad! Y entonces, raído el orden sobrenatural, venimos en la consecuencia de la «diversidad sustancial» de los hombres, soberanos y no soberanos. Aquí tienes, lector, demostrado como el principio de «igualdad sustancial» viene forzosamente á parar en el de «desigualdad sustancial» porque se erige al Estado, no sólo en dueño de vidas y haciendas, sino en amo y señor, rector y regulador de la conciencia de los ciudadanos, porque vienen á establecerse las castas de «gobernantes» y «gobernados». Con el principio liberal de «igualdad», pues, retrogradamos al Estado pagano. Pero ¿cómo puede sentar el principio de «verdadera igualdad absoluta» el que, negando el orden sobrenatural, niega la igualdad de fin? ¡Igualdad! ¡Igualdad! Podríamos decir ¡cuán irritantes desigualdades se cometen en tu nombre!

Para venir en conocimiento de la antítesis que media entre la «fraternidad liberal» y la «fraternidad cristiana», nada mejor que estudiar las consecuencias de una y otra, los medios de que se valieron respectivamente para abrirse paso y la base ó fundamento en que se apoyan. Pero la historia pasada y la presente (per-

mitaseme la paradoja) abierta está á los ojos de todos; dispénsenme los lectores que me inhiba demostrarla. La Revolución francesa y todas las revoluciones, la Semana Trágica, la administración liberal, los atracos lerrouxistas y otros excesos cantan elocuentemente la vil ironía que envuelve la palabra «fraternidad» en boca de un liberal.

Pues bien, esta absoluta y radical oposición teórica de «liberalismo» y «catolicismo» se ha traducido, se traduce y se traducirá en el orden práctico.

Del principio de «libertad absoluta» surgen: la libertad del robo, ó mejor, la desaparición del mismo, del homicidio en todas sus manifestaciones, de la injuria, de la calumnia, en una palabra, de todos los actos punibles de los Códigos penales. Y si la libertad absoluta individual se reconcentra en una ó varias personas, como sucede, según la misma teoría liberal, viene de hecho, en la realidad, á proclamarse el más feroz absolutismo, el más loco centralismo; viene á sancionarse aquello de los paganos: «Lo que agrada al príncipe tiene fuerza de ley», y de rechazo la peste de la anarquía.

Del principio «libertad absoluta» nace el socialismo como rigurosa seqüela. El principio igualitario mata la libertad del trabajo, el derecho de asociación en su raíz, el derecho de propiedad, la misma libertad, en suma. De modo que no sólo el principio «libertad absoluta» mata la libertad y el orden, sino que esta libertad es sacrificada al principio de «igualdad». Nada, una *diarrea de contradicciones*, como diría el P. Isla, encierra el sistema liberal; una *diarrea* de revoluciones, guerras y discordias. Y no puede ser de otro modo porque siendo el principio liberal-radical negación del principio católico y llevando este principio aparejado el reino de la libertad, de la igualdad nacional y del orden, el principio liberal debe ser la negación de la libertad, igualdad, fraternidad, orden y paz verdaderos.

Ahora bien; dados los cortos alcances de la multitud, dado que el número de los tontos es infinito, y más si cabe en los tiempos en que vivimos y en los países que se llaman á boca llena ilustrados, no había peligro de que desdeñaran las sociedades modernas los principios liberales, con tal de que su crudeza y malignidad viniesen disfrazadas con pomposas palabras que saben bien al oído y que se ocultara lo calamitoso de las consecuencias, mediante una prudente gradación de matices. En una palabra: convenía que el principio y el sistema fuesen únicos, pero que figuraran diversas falanges dentro del ejército liberal *uno*, distintas accidentalmente unas de otras por el mayor ó menor radicalismo en apechugar con las espantadizas consecuencias.

Si desde un principio el ejército liberal no se hubiese distribuido en diversidad de cuerpos; si desde un principio se hubiesen expuesto por los liberales claramente, lealmente, todos los principios que se derivan de la negación del orden sobrenatural y todas las consecuencias que se derivan de estos principios; si desde el comienzo no hubiesen, como cabe á hombres honrados, ocultado su verdadera y primordial finalidad, destruir la influencia cristiana y con ella el sentimiento de libertad, caridad é igualdad sustancial y con esto hacerse con los bienes é intereses de la Iglesia y dominar con el látigo del verdugo á los pueblos y robar los frutos de su trabajo; si los liberales honradamente (permítaseme la expresión) se hubiesen presentado ante el pueblo tal como eran en la realidad sus aspiraciones, ese pueblo indudablemente les hubiese cobrado un santo horror.

Pues á esto obedecen objetivamente los diversos matices del liberalismo: á engañar miserablemente al pueblo, á desorientarle; á eso obedece la división y subdivisión del liberalismo fiero y manso; esta es la razón de ser del partido conservador. Rufino Blanco, Maura, Dato, Montero, Moret, Canalejas, Azcárate, Lerroux, Nakens, todos pertenecen á una misma comunión; todos ellos son generales de diferentes cuer-



Grupo del Requeté y varios socios del Círculo Tradicionalista de la Barceloneta (Barcelona).



Doña Margarita de Borbón y de Parma.
(Retrato del año 1869.)

pos de ejército que, juntos, forman un solo ejército con un jefe visible: la masonería, y un jefe invisible: Satanás, frente á frente de otro gran ejército cuyo jefe visible es Pío X; é invisible, Jesucristo.

Pero entiéndase bien, que decimos *objetivamente*; en el santuario de la conciencia no nos metemos; ya se meterá el que sólo se puede meter: el Juez de vivos y muertos.

Dejad, entonces, que estos buenos católicos, que se pasaron al partido conservador, convivan con él por algún tiempo; que, contaminados ya por el error y pérdida la escrupulosidad de la conciencia, al menor pretexto pasarán al liberal y del liberal al republicano y del republicano al anárquico. El partido conservador cuida de propagar premisas falsas, pero los individuos engañados, en fuerza de la lógica, á no tardar, sacan las consecuencias.

De manera que el partido conservador es el ladrón nocturno y lobo maligno de que nos habla el Evangelio; representa, para nosotros, lo que el espía enemigo en caso de guerra. Es el gran criminal que, fingiéndose amigo, le sentamos en nuestra mesa y después se vale de nuestra lealtad y delicadeza para vendernos y entregarnos y traicionarnos al enemigo. Es el partido conservador para el catolicismo lo que aquellas mujeres impúdicas de París, que fascinan miserablemente á los hombres-muelles y les llevan á lugar seguro, para que los apaches les desvalijen y apaleen y asesinen. Es el eterno Judas metido en el cenáculo; es el eterno lobo que se introduce en el redil; es el eterno tentador de nuestra fe y creencias. Sin él no hubiese sido posible ni la Constitución del 12, ni el trono de Isabel, ni la Revolución septembrina, ni la Restauración de un trono liberal, ni una Semana Trágica. El partido conservador es el continuador de aquellos bandoleros de nuestra fe y nuestras creencias que, reunidos en las Cortes de Cádiz, invocaban sacrilegamente el favor de la Augusta Trinidad para negar al Padre, crucificar al Hijo y declarar guerra al Espíritu Santo. El partido conservador es el eterno puente emplazado entre el Cielo y el Infierno, entre Dios y Satanás, entre el Romano Pontífice y la impiedad. El partido conservador es el diablo cubierto con sayal de austero religioso que tienta á las almas santas. El partido conservador es el eterno fariseo, es el eterno sepulcro blanqueado que pregunta á Jesucristo si es Hijo de Dios. El partido conservador es el que, fingiendo respeto y veneración á la Cátedra de Roma, aprueba y ratifica el vandalismo realizado en sus derechos. El partido conservador es, en suma, la maldita serpiente paradisiaca que ofrece á los católicos la manzana de la impiedad, de la irreligión, del liberalismo. Es el partido conservador la maldita escalera por donde ha descendido nuestra Patria desde el esplendor al abatimiento; nuestra sociedad del fervor religioso á la impiedad.

Sin el partido conservador no hubiesen sido posibles los tronos liberales, los regímenes liberales.

Es, pues, el partido conservador el más ruín de los partidos porque es el más hipócrita; el más perverso, el más temible, el más abominable de los partidos, por ser él la tentación continua á nuestra fe, la causa más fundamental de nuestras desgracias y el apoyo más eficaz del satanismo, revolución ó liberalismo.

Dr. Veritas.

¿Cuál producto usa Vd.
para pulir los metales?

“GLOBO”

Fritz Schulz jun. Leipzig.

- Es el mejor líquido para pulir los metales.
- Es empleado para pulir todos los objetos de cobre, nickel, oro, plata, etc.
- Da inmediatamente un brillo maravilloso y durable.
- No echa mal olor y es enteramente inofensivo.
- No es inflamable.
- No raya y no es grasiento.
- Es el mejor producto para pulir los objetos grabados y cincelados.
- Es empleado por millones de sirvientas.
- Se vende en bidones de varios tamaños.

Boinas de todas clases
 Tamaños y Colores
 Plaza de la Lana, n.º 24
 Tienda de gorras de PABLO TERMENS

“Carlistas de Antaño”
 y
“Cruzados Modernos”

Preciosos libros de historia carlista del señor “Barón de Artagan”.

Véndense en las Administraciones de LA BANDERA REGIONAL, de *La Hormiga de Oro* y de *El Correo Catalán*, en Barcelona, y de *El Correo Español*, en Madrid, al precio de 2'50 pesetas ejemplar.
 Añadiendo á su importe 0'30 pesetas, se manda certificado.
 Otros puntos de venta:
Gerona.—Librerías de D. J. M. Franquet y señores Mundet y Compañía.
Olot.—En la Juventud Tradicionalista.
Vich.—Librería «Ausetania».
Valencia.—D. Pascual Agustí, Lauria, 59, bajo.
Pamplona.—Señora Viuda de J. Díaz, P. Constitución, y Librería de T. Bescansa.
San Sebastián.—D. Pablo Azpillaga, calle Loyola, 13, 1.º
Tolosa.—D. Félix Durán, Circulo Lealtad Guipuzcoana.
Bilbao.—D. Luis Damiano, Berástegui, 5.
Vitoria.—D. Pedro Alonso, Estación, 2.

EL “CASO AZORIN”

Un tradicionalista inconfeso
 por el
DOCTOR VERITAS

Folleto de actualidad. 10 céntimos

Las Cortes de Cádiz

FOLLETO DE ACTUALIDAD

¡Gran éxito!

Se vende en todos los kioscos de Barcelona, en las Administraciones de «La Hormiga de Oro» y de *La Bandera Regional* y en casa de todos nuestros corresponsales.
 Un ejemplar, 15 céntimos.-100 ejemplares, 10 pts.

LA BANDERA REGIONAL
 SEMANARIO TRADICIONALISTA

Se publica los sábados

ADMINISTRACIÓN:
 Aragón, 252.—BARCELONA

SUSCRIPCIÓN: Un año. 6 ptas.
 Cada número. 10 cts.

4 grandes páginas de ilustración y 4 de texto

A los suscriptores, se les regala periódicamente folletos, postales, etc., etc.

EL MESTRE TITAS

(Vade-mecum del Jaimista)

Esta publicación mensual en catalán dedicará el volumen de Marzo á conmemorar á los Mártires de la Tradición.

LA BANDERA REGIONAL



T.

La oración del Soldado